

LA FILOSOFIA EN COLOMBIA

Desvélese la Historia por darnos a conocer los acontecimientos de las edades pretéritas y, en su afán de reconstruir el pasado, no desdeña los menudos detalles de la vida ordinaria: el menaje de las casas, las usanzas en el vestir y el comer.... Si es interesante saber qué hicieron, qué vistieron, qué comieron nuestros mayores, ¿cuánto más no será inquirir lo que pensaron, cuáles las galas o harapos que llevó su mente, qué leche de doctrina alimentó su espíritu? Tanto más que las ideas, aunque de primer intento no parezcan decir nada con la vida práctica, son en definitiva el motor invisible de la humana estirpe, desde luego que se precia de racional. Son ellas a modo de ese ingente fuego interior de que nos hablan los geólogos, que se oculta bajo la opaca costra terrestre, pero que de súbito vemos culminar en la ardiente boca de los volcanes, que estremece profundamente las entrañas de la tierra, y tan pronto levanta un Andes, un Himalaya, como sumerge una isla o todo un continente.

El «andar de la mente que va a la inmóvil verdad por la vía de la movible experiencia, hace que la filosofía, siempre una en la solución fundamental de los problemas, mude y progrese; tenga rosadas auroras y tristes ocasos, momentáneos eclipses y resplandores de sol en el cenit del firmamento» (1). En la historia de la filosofía en nuestra patria cabe distinguir tres períodos que nos parecen bien definidos: *el período colonial, la reacción anti-escolástica y el renacimiento neotomista*. Haremos una ligera reseña de cada uno.

(1) Carrasquilla R. M. *Barbarie del lenguaje escolástico*, página 10.

PRIMER PERIODO

ESCOLASTICISMO DECA DENTE

Como los días del Génesis, nuestra jornada primera empezó por una tarde, la melancólica tarde de la filosofía escolástica con su prolongado crepúsculo.

Esta filosofía, mal conocida por muchos, calumniada por otros, cuyo catácter no es fácil puntualizar, nació lentamente de abolengo patristico en las *escuelas palatinas* de Carlomagno, cobró vigor en las Universidades medioevales por los siglos XI y XII, en que los problemas filosóficos agitaban el espíritu humano con un ardor semejante a aquel con que en los últimos siglos le han agitado los de las libertades públicas y en nuestro tiempo los no menos graves del conflicto entre el capital y el trabajo. ¡Honor a toda preocupación noble, sea del siglo XX, sea del siglo XIII!

La escolástica llega a su apogeo con Vicente de Beauvais, el Plinio de la Edad Media; con Alberto de Bollstadt, apellidado *el Grande* por la universalidad de sus conocimientos; con Rogerio Bacon, fratre franciscano, quien describe con anticipada pintura los barcos de vapor, los ferrocarriles, los aparatos de aviación (1). Un vástago de los condes de Aquino lleva al cenit la gloria filosófica de la Escuela: «Tomás de Aquino tiende a lo sólido», decía la poderosa mentalidad de Leibnitz; «fuente de los doctores» le llamó la Universidad de París; «no hay quien tenga más precisión, medida y equilibrio en todos sus pensamientos», escribía Víctor Cousin, y Renán en sus *Memorias*—citado por el doctor Luis María

(1) «Pueden hacerse, dice, máquinas para volar, en las cuales el hombre, sentado o suspendido en el centro, hará girar alguna manivela que imitará el movimiento de las alas para batir el aire como los pájaros». (*De secretis operibus artis et naturae*).

Mora—confiesa que «no puede pensarse en el progreso con un orden tal de exposición»,

Mas, pasado el meridiano con el Aquinate, la escolástica comienza a declinar. Extenuada por las grandes cuestiones que había desatado, desviada de su certera orientación por talentos mediocres, va poco a poco cediendo terreno ante influencias adversas, y en especial es vivamente combatida por un bando nuevo, el de los humanistas, enamorados hasta el delirio de las artes y letras de la antigüedad helénica, quienes, confundiendo el fondo con la forma, juzgaron que los nuevos beocios, inelegantes en el escribir, eran también incapaces para pensar.

En retirada, el escolasticismo lanza todavía vívidos celajes, sobre todo desde la península española, donde florecen un Francisco Victoria, que señala los pasos al renombrado jurista Hugo Grocio; un Domingo Soto, maestro insigne de fray Cristóbal de Torres, fundador del Colegio del Rosario; un Melchor Cano, elegante en el estilo y portaestandarte de la razón en materia científica; los expertos comentadores de Aristóteles en el colegio de Jesuitas de Coimbra y, finalmente, el *eximio* Suárez, de la misma floreciente Compañía.

Tamaños escritores no fueron parte a contener la funesta decadencia: aparecen entonces extensos e indigestos volúmenes comentando al Estagirita; quién como Francisco Mayrón conquista a fuerza de sutilezas el título de *doctor agudo*; Pedro Hispano escribe sus enmarañadas *Súmmulas*; Juan Buridán, Rector de la Universidad de París, llega hasta el ridículo con su *argumento del asno*; las malezas invaden el antes cultivado campo; se abusa del silogismo; pululan las cuestiones inútiles; la discusión estéril ocupa el puesto de la observación directa.

Tal era el estado de la filosofía en Europa, con excep-

ciones como las apuntadas ya, cuando esa ciencia fue traída a estas comarcas con la civilización española. Conocidos son nuestros principales centros educacionistas coloniales, a saber: el Colegio Seminario de *San Bartolomé*, fundado en 1605 por el Arzobispo Lobo Guerrero y confiado por él a los jesuitas, quienes establecieron en él la *Universidad Javeriana*, que duró ciento cincuenta años; la *Universidad Tomística*, creada en 1608 por los padres dominicanos, y el *Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, fundado en 1653 por fray Cristóbal de Torres, quien le dio sabias constituciones.

Los autores filosóficos que primaban en estos institutos eran Juan de Santo Tomás (Lisboa, 1589-1644), con su *Cursus philosophicus*, profesor con éxito en la Complutense y recomendado por el señor Torres para su Colegio, y Antonio Goudin (Limoges, 1639-1695), con su *Philosophia thomistica*, ambos autores contados por el español Herranz entre los que «extremaron su amor a la tradición escolástica y su oposición absoluta a las doctrinas y a los métodos de la filosofía moderna». Vallet, historiador francés, dice del primero, que «supo dar honor a su nombre, a su orden y a la Iglesia de España», y del segundo, que «nada hay más regular que su argumentación, más neto, ni más lúcido que su estilo»; pero sus largos desarrollos en la física «no se encuentran de acuerdo con los progresos de la ciencia».

Entre nuestros profesores, que por aquella época escribieron de filosofía, debemos mencionar al Padre Nicolás Candela, sacerdote jesuita de la Javeriana, que escribió en 1747 un *Cursus philosophicus in quinque tractatus*, y al doctor Agustín Manuel de Alarcón y Castro (Tunja, 1733), colegial, catedrático, vicerrector y rector del Rosario, autor de un *Tractatus de Dialectica, seu Logica parva in tres divisus libros, juxta miram Angelici nostri Doctoris doctrinam*, 1758; manuscritos ambos existentes

en la biblioteca del Colegio y que fueron revelados al público por el joven rosarista don Juan F. Franco Quijano. A éstos agregaremos a don Felipe de Vergara y Caycedo (Bogotá, 1745-1818), alumno, catedrático y vicerrector también del Rosario, entre cuyos manuscritos, mencionados por el historiador de nuestra literatura J. M. Vergara y Vergara, se cuentan unos *Elementos de Filosofía natural* y un estudio titulado *Filósofos Griegos*.

A mediados del siglo XVIII «la educación había decaído notablemente. Ya no se enseñaba la filosofía según el espíritu sino según la letra muerta de los escolásticos; a la vivífica, libre, luminosa doctrina de Santo Tomás y Suárez, había sucedido el formulismo vano, estrecho, sin alma. Se tenía como verdad inconcusa el sistema astronómico de Tolomeo; los albores de la física moderna no llegaban hasta nosotros» (1).

El ya citado Vergara y Vergara nos describe así el plan de estudios en lo tocante a filosofía:

«El primer curso de la filosofía era el de lógica, según las más rígidas reglas del ergotismo, lo cual era llamado con orgullo *arte de pensar*.... El catedrático o alumno contrincante discurría por medio de los *universales, entes y categorías*; y el contrario creía triunfar con un *ente de razón*, un *universal a parte rei*, y se desgañaban en meras cuestiones de *términos, signos y signados*... En el segundo año se aprendía la metafísica en latín, y en el tercero la física, sin instrumentos» (2).

Asistamos a uno de esos actos que en los institutos coloniales se llamaban *conclusiones*. «Se elegían los asuntos más intrincados en filosofía, en teología y en derecho, y los alumnos aprovechados y de talento brillante; ocu-

(1) Carrasquilla R. M., *Revolución en la Instrucción Pública*, Bogotá, 1892. página 57.

(2) Consúltese Vergara y Vergara, *Historia de la Literatura*, página 248.

pábase el año en ahondar esas materias y adiestrando en la defensa y en el ataque a los candidatos escogidos. En latín se daba el combate, y el silogismo constituía la única arma que podía esgrimirse. Llegado el momento de ostentar en las conclusiones el honor del colegio y de poner muy en alto su fama, se enviaba a los rivales el cartel de desafío según la forma establecida; el colegio desafiado escogía a su vez el defensor de su claustro, que contraía por el mismo hecho el compromiso de agotar su sabiduría poniendo en juego todos los resortes de su ingenio» (1).

Era el eco lejano de lo que pasaba en Europa. «Pues aquel silogismo deductivo a que se reducen por análisis los argumentos tomistas, se convirtió en los siglos XIV y XV en síntesis del saber. El andamio sustituyó al edificio, las piezas disecadas del cadáver reemplazaron al hombre. El *atqui* y el *ergo*, engarce de los argumentos, pero no empleados sino con suma parsimonia por el maestro de Aquino, se tornaron forma predilecta del pensamiento humano. A tal abuso se le dio el nombre de *ergotismo*. Para los que estudian en autores, no de segunda mano sino de octava o novena, *ergotismo, peripato* (2), *escolástica, tomismo* y hasta *cristianismo* en filosofía suenan como vocablos sinónimos» (3).

Los hombres sensatos veían la necesidad de una reforma, y la intentaron. El virrey Guirior dispuso en 1774 que don Francisco Antonio Moreno y Escandón elabo-

(1) Consúltese Henao y Arrubla. *Historia de Colombia*, tomo 2.º, página 352.

(2) *Peripatéticos* (del griego *περιπατεῖν*, *pasear*) se llamó a Aristóteles y a sus discípulos, porque el primero daba su enseñanza y recibíanla los segundos paseándose por los jardines del Liceo, teniendo a la vista, no los cuadros de Calkins o de Berlitz, sino el cuadro mismo de la naturaleza.

(3) Carrasquilla R. M., *Barbarie del Lenguaje Escolástico*. Bogotá, 1918, página 44.

rase «un plan y método de estudios adaptado a las circunstancias locales, que sirviese de pauta a las enseñanzas y cortase los abusos introducidos». «Manteniendo la filosofía de los siglos anteriores, decía en su *plan* el fiscal Moreno, se imposibilita a los jóvenes para cultivar su entendimiento.... Debe el maestro proceder por preceptos claros y metódicos, absteniéndose del mal método introducido en nuestras escuelas, en que se acostumbra disputar sobre todas las materias con cavilaciones y sofisterias inútiles....»

Como en su celo por la reforma quisiese el señor Moreno proscribir de los claustros del Rosario la filosofía de Santo Tomás, resistióle respetuosa y enérgicamente el entonces rector doctor don Manuel de Caycedo, en guardia de las constituciones del Colegio, y no porque éste repugnase los adelantos científicos, pues desde 1762 el sabio don José Celestino Mutis, que había llegado dos años antes, tenía allí abierta una cátedra de matemáticas y astronomía donde por *primera vez* en la Colonia se enseñó el sistema heliocéntrico de Copérnico. «El primer resultado de la enseñanza de Mutis, dice Vergara, fue inclinar los espíritus al estudio de tales materias, poniéndose, por decirlo así, al *orden del día* respecto de la civilización». (Obra citada, página 223).

El Arzobispo Virrey (1782-1788) fue también decidido por la renovación de los estudios. Su reforma se encaminaba, según lo declara en su *relación*, «a sustituir las útiles ciencias exactas en lugar de las meramente especulativas en que hasta ahora lastimosamente se ha perdido el tiempo. Porque un reino lleno de producciones que utilizar, de montes que allanar, de caminos que abrir, de pantanos y lagunas que desecar, ciertamente necesita más sujetos que sepan conocer y observar la naturaleza y manejar el cálculo, el compás y la regla, que de quienes entiendan y discutan el ente de razón, la primera materia y la forma sustancial». Al señor Ca-

ballero y Góngora se debió la instalación, en 1783, de la célebre Expedición Botánica.

La ola de la reacción iba tomando fuerza cada día, y no era hacedero en aquellas circunstancias que un hombre realizase la fórmula evangélica: *esto había que hacer, y no omitir lo otro*.

«El primer papel público que empezó en las Américas a combatir los abusos del peripato, escribía el doctor Francisco Martínez, deán de la Metropolitana de Santafé, fue el periódico de esta capital en un discurso bastante enérgico y convincente, que corre en los números 8 y 9 (1). Después han hablado sobre la misma materia los periódicos de Lima, de Quito y de La Habana, en cuyas ciudades y en la de Popayán acaba de abolirse de una vez el sistema peripatético. En el convento de Nuestro Padre San Francisco de esta capital me consta igualmente que desde el año de 1775, en que fue instituido Lector de Filosofía el muy reverendo Padre fray Antonio Gómez, actual Provincial, dio principio a la moderna sobre un plan bastante metódico y luminoso.... En este mismo tiempo comenzó también a leer la moderna en su convento de Nuestro Padre San Agustín el muy reverendo Padre fray Diego Padilla....» «Me parece, concluye, que ha llegado ya la época de extinguirse para siempre el imperio peripatético que por tantos siglos había triunfado sobre la tierra» (2).

No muchos años después comenzó la epopeya de nuestra emancipación, que absorbió todos los grandes espíritus, y en la cual fueron actores algunos de los personajes aquí nombrados.

FRANCISCO M. RENJIFO

(Continuará).

(1) Este discurso era el *Hebephilo* de Zea, en el *Papel Periódico*. Nota del autor.

(2) *De la fuerza de la fantasía humana*, de Muratori. Traducido por el doctor Francisco Martínez, Santafé, 1793. Nota de la página 48 y siguientes.